Categoría: Bachiller.

Autor: Roni

Título: Colores en el tren.

Maxcence Fermince escribió una vez: *"hay dos clases de personas. Los que viven, juegan y mueren. Y los que se mantienen en equilibrio en la arista de la vida".* Odié mantenerme en equilibrio.

Creo que no necesito de mucho esfuerzo para saber con certeza qué clase de persona soy, lo tengo muy claro. Siempre fui de las primeras. Viví amando a mi manera, jugué a pintar con tinta indeleble sobre las vías de un tren que marcaron el inicio de nuestra aventura, y moriré consciente de que todo lo que hice en esta vida no fue en vano. Dejé mi vida a merced de un tren, un asiento, un destino y una caja de pinturas que me llevaron hasta ti. Pero todo, siendo contado por el principio, fue así:

El primer ferrocarril eléctrico construido en España hacia 1911 fue testigo y fiel cómplice de nuestra historia. Una bonita pero complicada historia que surgió de eventuales charlas en un vagón destartalado del "Irati" por poco más de dos años.

Hoy, sesenta y cuatro años después, con una foto tuya en mi mano y el romper de las olas bajo mis pies, no puedo evitar recordar la primera vez que nuestras miradas se encontraron.

Era la primera vez que te subías en aquel tren. Una joven recién llegada de la capital que había pasado el fin de semana visitando a unos parientes en Sangüesa. Pensé cómo era posible que alguien como tú hubiera querido montar en un cacharro como aquel. Para esa época, el "Irati" ya no era lo que había sido antes. Sus días estaban contados, pero seguía prefiriendo viajar en él por el simple hecho de que tenía la oportunidad de contemplar el paisaje a mis anchas. Un paisaje que horas más tarde sería plasmado en un lienzo blanco en la soledad de mi estudio. Amaba el arte, era tan necesario en mi vida como lo era el aire para respirar. Amaba plasmar en cualquier superficie todo aquello que llegaba a provocar algo en mí. Amé plasmarte por primera vez con tan solo el vago recuerdo de tu rostro en mi cabeza.

Desde ese momento me fue imposible olvidar el color de tus ojos, cada vez que me subía al tren rezaba para que aparecieras. Nuestro primer contacto no sucedió hasta un par de semanas más tarde del momento en que te vi subir al vagón. Me encontraba en Sangüesa realizando una entrega de un cuadro que me había sido encargado. Había decidido entonces pasar el día comprando algunas pinturas que necesitaba reponer con urgencia. Para mi buena suerte, el único asiento libre que había se encontraba junto al mío. Vi tus ojos posarse sobre la caja donde transportaba las pinturas, inmediatamente adquirieron un brillo especial, el verde más intenso que haya tenido el placer de ver jamás, y se cargaron de la más pura emoción. Parecías una chiquilla que acababa de descubrir sus regalos bajo el árbol. No pude evitar reírme ante tan graciosa y tierna expresión. Te excusaste avergonzada, pero entonces supe que esa sería la única oportunidad que tendría. Dejando mis temores de lado me lancé a entablar una conversación contigo.

—¿Te gusta Dalí?— fue lo primero que te pregunté.

—¿Perdona?— me contestaste. Tus mejillas seguían luciendo la vergüenza pasada.

—Que si te gusta Dalí, ya sabes, el de los bigotes largos— dije mientras hacía el gesto con mis manos.

—¿El de los cuadros raros?— no pude evitar reírme ante tal respuesta.

—Sí, el de los cuadros raros, ¿te gusta?— tus mejillas volvieron a teñirse de rojo, negaste mientras agachabas la cabeza y jugueteabas con el pliegue de tu falda, reacia a mirarme a los ojos.

—No mucho. Pero me gusta Pollock —susurraste— aunque..., todo lo que pueda ser considerado arte me gusta, en realidad.

Juro que en aquel preciso momento me encantaste aun más. No sabías con quién te habías topado, pero tampoco hizo falta mucho tiempo para que te dieras cuenta de que tenías ante ti a una amante de las cosas bellas, *"de todo aquello que pudiera ser considerado arte*". Tú eras arte.

A partir de ese momento, aquella parte trasera del vagón se convirtió en nuestro lugar de reunión. Amaba compartir mis pasiones, pero más amaba ver cómo hablabas de las tuyas. Comprendí que algo más había surgido, pero estaba tan asustada por lo que podría sucedernos a ambas que simplemente mantuve mi cabeza en silencio mientras hacía todo lo posible por mantener enjaulado a mi corazón, que pedía a gritos salirse de mi pecho.

La primera vez que te vi llorar sentí mi alma desgarrarse. Fue mi culpa, jamás podré perdonarme por aquello. Pero te veías tan ilusionada cuando hablábamos sobre todas esas cosas… Si hubiera sabido que las consecuencias serían tan duras nunca te hubiera animado a contarle a tus padres tu amor por el arte y las ganas tan inmensas que tenías de estudiarlo. Un gran golpe en tu mejilla fue lo que obtuviste como respuesta por haberte subido de tono con tu padre. Me costó meses quitarte de la cabeza todas las insensateces que aquel hombre indeseable, y que hasta la fecha tanto odiaba, te había dicho. Te conformaste con saciar tu curiosidad con las cosas que yo te contaba y los libros que a escondidas leías.

Recuerdo que unas semanas más tarde después de que tu padre te pegara, recibimos la peor noticia de todas, el "Irati" sería retirado, poniendo así fin a la conexión ferroviaria entre Pamplona, Sangüesa y Aoiz. Ya no tenía excusa alguna para viajar hasta Sangüesa. Había comprado tanta pintura que ya no tenía espacio en mis gavetas para guardarla. Tú comenzarías a hacer tus viajes en autobús, cosa que yo detestaba y nuestros encuentros finalizarían después de dos años de citas puntuales.

Pasaron meses hasta que nos volvimos a ver. Caminabas por el centro de Pamplona un tanto despistada, con una mujer de avanzada edad colgada del brazo: tu abuela. Mi corazón dio un vuelco. Al principio consideré pasar de largo, pero pensé que sería muy grosero por mi parte no acercarme a saludar si ya me habías visto. Te veías nerviosa, evitaste a toda costa que nuestras miradas se cruzaran. Con cierta incomodidad fui a despedirme de ti cuando lo vi, un anillo con un pequeño diamante incrustado adornaba tu dedo corazón: te casabas. No fue necesario intercambiar palabras. Las finas lágrimas que surcaban tus mejillas me lo decían; sí, yo también lo lamentaba.

Aquella tarde corrí a encerrarme en mi estudio. Rabia, dolor, frustración, lloré como una niña pequeña hasta quedarme dormida, ¡era tan injusto! Era injusto no poder ser libre para amar, era injusto no poder estar con quien quería. Estaba enferma para muchos, pero no me importaba. Había comprendido la falta de aceptación que tenía la sociedad y la falta de comprensión por parte del mundo ante la libertad del amor. Un sentimiento que no entendía de géneros, razas, de religiones, estaturas, ni pesos. Solo deseaba gritarle al mundo lo bueno que era ser diferente, de la diversidad de las personas y todo lo que podíamos aprender de ellas. De cierto modo lo hacía, mis cuadros lo hacían y mis manos eran el puente para llevar a cabo mis deseos. Mi vida estaba llena de colores y eso me gustaba.

Un año y medio después me marché. Se me había presentado la oportunidad de mi vida. Un amigo de mi padre, que también era artista, había estado de visita unos cuantos meses con el fin de fotografiar y pintar el atractivo de Navarra durante el verano y gran parte del otoño. Preparaba una nueva exposición para su galería de una muy concurrida calle 67 en Nueva York. Quería mostrar a los neoyorquinos la belleza de los parajes navarros teniendo como obra principal una vía de tren vacía con el astro rey de fondo despuntando por el oeste. Una de las muchas improntas de un tren que hacía año y medio había dejado de existir. Quería que los habitantes de la *"ciudad que nunca dormía"* experimentaran la paz y el silencio que él había tenido el privilegio de gozar años atrás, cuando nos visitó por vez primera. Un día, sin avisar, se acercó hasta mi estudio y conmovido por lo que hacía me invitó a formar parte de su proyecto.

Antes de viajar a América supe que habías regresado a Madrid, tú misma me lo contaste en la carta que tu abuela un día me trajo. Era lo primero que conseguía saber de ti en mucho tiempo. Me sorprendió verla entrar por la puerta de mi pequeña galería con tanta naturalidad, como si fuese a visitar a una vieja amiga que llevaba años sin ver. Charlamos un rato y con cierta vergüenza le confesé lo que sentía por ti. Pensé que se horrorizaría, pero ella ya lo sabía, se lo habías contado antes de irte. Sentía pesar por ambas, sabía que su hijo jamás aceptaría una relación así y que en el peor de los casos serías echada de casa como una cualquiera si se lo llegabas a contar.

Antes de que se marchara te escribí una nota con la dirección y el teléfono de mi futura residencia. Sabía que era prácticamente imposible que nos volviéramos a ver, pero en lo más profundo de mi corazón, una pequeña llama se mantenía encendida con la esperanza de que nuestros caminos se volvieran a cruzar.

Diez largos años fue lo que tuve que esperar para volver a saber de ti. Tras la muerte del amigo de mi padre había heredado su galería, la había reformado y convertido en un lugar para nuevos artistas que llegaban con su maleta llena de sueños en busca de nuevas oportunidades.

En la primavera del sesenta y seis viajé a España con un proyecto en mente. Antes de morirse el amigo artista de mi padre le conté sobre nosotras, sobre cuán especiales eran aquellas vías de tren y el significado que tenía la penúltima fila de asientos del vagón donde todo empezó. Me dijo que los mejores recuerdos son aquellos que atesorábamos en nuestra mente para siempre, y que a veces era bueno sacarlos a flote para refrescar la memoria. ¿Qué mejor forma de recordarte que dedicándole una exposición a aquel tren? Dos meses y cincuenta obras después había logrado realizar la que sería sin duda la mejor exposición de mi carrera. Entre todos esos cuadros y fotografías se encontraba el primer retrato que hice de ti, eras el mayor recuerdo de aquel lugar.

Una calurosa mañana de julio de ese mismo año, volviste a aparecer en mi vida. Estabas parada frente a las puertas de mi galería con un par de maletas y una niña de ocho años de la mano. Lo habías dejado, no eras feliz con él y decidiste ser valiente. Le dijiste que estabas equivocada, que nunca debiste haberte casado con él. Le pediste la custodia de vuestra hija y cogiste el primer vuelo a Estados Unidos sin mirar atrás.

Criamos a Irati juntas, me dijiste que la habías llamado así por mí, porque ella era una de las personas que más amabas en este mundo y que, al pronunciar su nombre cada día, te estarías acordando de mí. Creo que eso fue una de las mejores cosas que te oí decir jamás. Así como yo te dediqué una exposición completa, tú me dedicaste el nombre de tu hija.

Vivimos diez años más en la gran ciudad, con la mayor de las precauciones para que las tres pudiéramos tener una vida más o menos tranquila. A los ojos del mundo tú eras una madre soltera que se esforzaba por darle la mejor educación a su hija, pero de puertas para adentro éramos una familia, un pequeño secreto que muy pocos conocían.

Cuando Irati se marchó a la universidad, nosotras también lo hicimos: abandonamos Nueva York y atravesamos todo el país para instalarnos a las afueras de la ciudad de Monterrey en el estado de California. A tan solo quinientos cincuenta kilómetros de nuestra hija. Compramos una bonita casa cerca de los acantilados, un maravilloso lugar para poder envejecer juntas, donde podríamos ser nosotras mismas sin temor a ser juzgadas. Hicimos de aquel sitio nuestro hogar, nuestro propio paraíso.

Han pasado sesenta y cuatro años desde que nos conocimos, y mi corazón sigue latiendo tan alocadamente por ti como lo hacía en ese entonces.

Aún recuerdo nuestro primer beso, el motivo que nos llevó a tal situación no la recuerdo con exactitud, pero seguramente estaríamos hablando sobre arte; era lo que solíamos hacer la mayoría del tiempo. Fuiste tú la que me cogió desprevenida, solo tuve tiempo de cerrar los ojos y disfrutar del momento perdiéndome en la suavidad de tus labios y en el dulce sabor de tu boca. Fue el beso más perfecto de todos, la confirmación de que tu corazón latía por y para mí. El último sucedió hace dos días, la última noche de tu vida en una fría cama de hospital. Sobreviviste al primer infarto, pero el segundo te dejó en un estado tan deplorable que horas después te fuiste de mi lado… solo hasta que yo me marche de este mundo y nos volvamos a encontrar. Prometiste hacer de nuestro cielo la mejor galería de arte.

Hoy, con una foto tuya en mi mano y el rugir de las olas bajo mis pies, finas lágrimas surcan mi rostro. No puedo dejar de pensar cuán agradecida estoy de haber podido compartir mi vida contigo. Lo logramos, sobrevivimos a los prejuicios de la sociedad y fuimos felices. El nuevo siglo lo hizo un poco más fácil, pero todavía quedan muchas cosas por cambiar. Solo deseo terminar de trazar las últimas líneas de mi vida para sentarnos juntas a ver cómo otros trazan las suyas.

Por el momento, Irati, los chicos y yo, viajaremos en unos días a España, recorreremos un pequeño tramo de las vías del tren y plantaremos a un lado de estas un roble para ti en una muy íntima ceremonia.

El "Irati" transportó miles de pasajeros durante su funcionamiento, conectó ciudades y unió vidas. Presenció hechos trágicos y ayudó a escribir historias. Creo que si pudiera detenerme un momento ante las puertas de aquel vagón, podría escuchar los susurros de las almas que se cuentan entre ellas, emocionadas, sus aventuras. Creo que podría verte sentada en ese penúltimo asiento, luciendo tan hermosa como siempre, ansiosa por compartir tu día conmigo. Con ganas de vivir, de soñar, lista para mostrarle tus colores al mundo.